

LA SOLEDAD DE LA VIRGEN MARÍA

2024

Contemplación – día 27

San Ignacio no trae esta contemplación en el libro de los ejercicios, pero es muy conveniente hacerla para considerar los sufrimientos de María Santísima por nosotros, como corredentora y como nuestra madre.

Ponerse en presencia de Dios

Oración preparatoria:

[46] Pedir gracia a Dios Nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones se ordenen puramente al servicio y alabanza de su divina majestad.

Composición de lugar:

María al pie de la cruz; la “piedad”; María el sábado santo, sola, en el cenáculo, o recorriendo con dolor y en oración los lugares de la pasión del Señor...

Puede servir esta poesía de José Rafael López Usero:

A la Soledad

Aunque tu nombre es Dolores
te llamamos Soledad,
pues regresas del sepulcro
donde acabas de dejar
tu corazón destrozado
por el agudo puñal
que mis pecados clavaron
en tu pecho de cristal.
¡Ya no tienes el espejo
donde te solías mirar!
Se te rompió en el Calvario.
-El más sacrosanto Altar-
donde se inmoló tu hijo
como hostia sin igual.
No tienes aquellas manos
que te partían el pan
ni sus pies que fueron sendas
de Fe, de Amor y Verdad.

Ya no te alumbran sus ojos
-Hogueras de caridad-
y que incendiaban de amores
cuanto solían mirar.
También su voz se ha callado
y sin ella mudas estas.
Sola te vuelves María
y tu desconsuelo es tal
que aunque tu nombre es Dolores
Te llamamos Soledad.

Petición:

Podemos pedir dolerme con María, compadecer con Ella.

Se trata de entrar en su Corazón inmaculado y amante y tratar de contemplar desde allí la pasión de Jesús... y los mismos dolores de María.

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

1. María asociada por Dios al plan de salvación¹

Para atisbar los dolores de María tenemos que verla asociada a Jesús en la obra de nuestra salvación.

María Santísima, por designio excelso de Dios, fue asociada al misterio de Cristo. La introducción definitiva de María en el misterio de Cristo tuvo lugar en la Anunciación. El Papa San Juan Pablo II hace un estudio del *kecharitomene*, que en el texto del evangelio de Lucas es como un nuevo nombre dado a María. Es una bendición espiritual que implica la plenitud de la bendición (toda la gracia) y tiene dos significados que van unidos: su predestinación y su plenitud de gracia. María fue predestinada a ser la Madre de su creador («Virgen Madre, Hija de tu Hijo», dice Dante... «Tú eres aquella que la humana creatura ennobleciste de tal modo que su Creador no desdeñó de hacerse su creatura») y así fue preservada del pecado original y colmada de gracia, no sólo para sí misma, sino para su altísima misión.

A partir de su predestinación asociada a Cristo y desde la anunciación, donde se adhirió libremente al plan de Dios, María está definitivamente asociada a la obra salvífica de su Hijo, de modo que Jesús nunca obrará la salvación sin María, ni María hará nada por la salvación de la humanidad sin Jesús. Y su plenitud de gracia está en orden a su misión salvífica en favor de la humanidad. «Ni Jesús sin María ni María sin Jesús»² (P. Buela).

Desde ese momento quedó tan unida a su Hijo que, al decir de S. Luis María Grignion de Montfort, sería más fácil separar la luz del sol que María de Jesús.

¹ cf. JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*.

² *Constitutiones IVE*.

2. La respuesta de María en la fe

María respondió libremente al plan divino mediante la obediencia de la fe. Isabel le dijo: «*Dichosa tú que has creído*» (Lc 1,45). En verdad, en la Anunciación, María se abandonó completamente a Dios con una fe extraordinaria en todos los aspectos, aceptando de antemano todos los sufrimientos que le sobrevendrían como Madre del Mesías, el Siervo de Dios que salvaría a la humanidad mediante el sacrificio expiatorio del Calvario, tan profundamente profetizado por Isaías en los Cánticos del Siervo y en los Salmos, especialmente el **Salmo 22**.

Su obediencia al plan de Dios es heroica a lo largo de toda su vida. De hecho, las palabras de Simeón, «*una espada te atravesará el alma*» (Lc 2,35), son como un segundo anuncio a María en el que se le dice explícitamente que estaría asociada a los sufrimientos de su Hijo en favor de la humanidad (Simeón está hablando del niño y de su posición en relación con la humanidad: *este niño está puesto para la caída y la elevación de muchos en Israel*; Lc 2,34).

Juan Pablo II dice espléndidamente: «El fiat de María decidió desde el lado humano el cumplimiento del plan divino». Y así fue desde la Anunciación hasta el Calvario, de modo que la obediencia de María en la fe fue un contrapeso sobreabundante a la desobediencia de Eva.

3. La mediación de la gracia de María

El plan divino, al que María adhirió activa y libremente con su obediencia en la fe, la coloca en una posición única en lo que se refiere a la mediación de la gracia en favor de los hombres. Se trata de una mediación materna, que deriva de la gracia de la maternidad divina, es decir, de la gracia de ser Madre del Mediador, que es mediador en cuanto hombre, pero es Persona Divina, y María es madre de la persona, por eso es Madre de Dios. La mediación de María en el orden de la gracia deriva, por tanto, de la misma unión hipostática, realizada *en* María y *de* María: por su cooperación materna a toda la misión del Hijo, Ella entró en el misterio de la única mediación, la del Hijo. La cooperación de María participa de modo subordinado en la universalidad de la mediación del Redentor, único mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2, 5).

Además, por la plenitud de la gracia -por un lado- y por nuestra unión con Cristo -por otro-, María es nuestra madre en el orden de la gracia. Santo Tomás dice en el opúsculo *De salutatione angelica* que éste es uno de los aspectos en los que se manifiesta la plenitud de la gracia de María: en cuanto a la derivación o efusión de la gracia en todos los hombres. Santo Tomás se refiere a la mediación universal de María corredentora al lado de Cristo Redentor, lo que Juan Pablo II llama «mediación subordinada pero universal»: «Un santo es grande cuando tiene tanta gracia como se requiere para su salvación. Y es más grande aún si la gracia que posee es suficiente para la salvación de muchos. Y si tuviera tanta gracia como se requiere para la salvación de todos los hombres, sería el más grande en el orden de la gracia. Esto pertenece sólo a Cristo y a la Santísima Virgen María, en cuanto que podemos obtener por medio de la gloriosa Virgen la liberación de todos los peligros que amenazan nuestra salvación y su ayuda en toda obra de virtud».

Y en la *Suma Teológica* dice: «La bienaventurada Virgen María obtuvo la plenitud de la gracia por ser cercanísima (*propinquissima*) al Autor de la gracia, a fin de poder recibir en sí misma a Aquel en quien se encuentra la plenitud de la gracia, y, dándolo a luz, derivar en cierto modo Ella la gracia a todos los hombres»³.

4. Los dolores de María

Tradicionalmente, contamos siete dolores de la Santísima Virgen María, una espada septiforme... una espada de siete filos... o siete espadas, porque los dolores de María duraron toda su vida. Eso quiere decir simbólicamente el número siete: perfección, duración...

- la profecía del anciano Simeón: «*una espada de dolor atravesará tu alma*» (mientras menciona cómo Ella estaba asociada a Jesús para salvarnos)

- la huida a Egipto: «*Herodes busca al niño para matarlo...*» el ángel se lo dice a San José. «*Toma al niño y a su madre y huye a Egipto...*» así la sagrada familia conoció el exilio... y la persecución antes de que el niño pudiera hacer nada por sí mismo.

- sufrió la pérdida de su hijo de doce años en el templo. Y allí menciona su aflicción: «*tu padre y yo te buscábamos angustiados*». Pérdida que es imagen y figura de la pasión, muerte y resurrección de Jesús al tercer día.

- el encuentro con su Hijo en la vía del Calvario, que conmemoramos en la cuarta estación del Vía Crucis.

- ver a Jesús clavado y colgado en la cruz, y verlo morir: «*Stabat Mater dolorosa, iuxta crucem lacrimosa, dum pendebat Filius... cuius animam gementem, constrictam et dolentem, per transivit gladius*».

- la deposición de Jesús de la cruz, inmortalizada en el arte (la *pietà*).

- el sepulcro cerrado. Ella permanece sola. Viuda y sin su único Hijo (cf. **Lc 7**, la viuda de Naím).

Ahora intentemos entrar en su corazón inmaculado atravesado por la espada de siete filos. Juan Pablo II: «contemplar a Jesús con los ojos de María»... Santa Catalina de Ricci, santa dominica de Prato (Italia): sufría todos los jueves los dolores de la pasión de Jesús, hasta el otro día, incluyendo el descendimiento. Una vez la Virgen cambió su corazón dándole el suyo para que experimentase los dolores de Ella durante la pasión de Jesús como Ella misma los había sufrido.

Sus dolores no se entienden sin su unión con Jesús, de la que hablábamos antes. San Luis María Grignon de Montfort: «Es más fácil separar el sol de la luz que a María de Jesús». Incluso en el sufrimiento.

¿Por qué sufre? Por dos razones principales: por Jesús... y por nosotros.

³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, III,27,5 ad 1.

- Por Jesús

La Virgen llora a su Hijo único, asesinado de forma terrible, cruel, en una cruz. Ella se convirtió en la madre de un injusticiado, de un criminal ejecutado por blasfemia y entre dos criminales.

Por su asociación con Él, la Virgen sufrió en su corazón todos los dolores de la pasión de su Hijo. Y toda su vida sufrió anticipadamente sabiendo cuál sería el final de su Hijo, el mejor de todos los hijos... «*el más hermoso de los hombres*» (Sal 44). También Ella esperaba «la hora» de Jesús. Hubo en Ella desde el principio «una comunión espiritual de deseo de sacrificio y ofrenda con Jesús, que duró toda su vida» (S. Juan Pablo II). Además, si Jesús les había anunciado tantas veces la pasión a sus discípulos, como consta en el evangelio, ¡cuánto más la habría advertido a su Madre!, como señala bien el p. Luis de la Palma en su *Historia de la Sagrada Pasión*⁴. Y Ella, que conocía como nadie las Escrituras y en quien obraba de manera egregia y sublime el Espíritu Santo, Autor principal de las Escrituras, que la iluminaba con sus siete dones, comprendía como nadie lo que su Hijo debía y quería sufrir. Y Ella quería sufrir con Él. Ella tenía siempre delante de sí la Pasión de su Hijo, y siempre que lo veía, y que veía su divino cuerpo, consideraba lo que Él habría de sufrir en cada uno de sus miembros, y en su alma. Ella, dice La Palma, estaba «más herida que ninguna otra creatura del amor de su Hijo»... y como tal sufría como propios los sufrimientos del Hijo⁵.

Por eso, podemos decir que María participó en la agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos (los dolores que habrá sufrido al despedir a su Hijo que salía del cenáculo para Getsemani). Participó como una sola persona con Él en su oración, en su tristeza, lo vio traicionado por Judas, abandonado por todos, repudiado y negado por Pedro, lo vio solo ante los pérfidos jueces, sin defensor; abofeteado cruelmente, tratado como un loco... Vio la condena de Pilatos, las burlas de Herodes... Oyó los terribles golpes de la flagelación... vio a su Jesús azotado y coronado de espinas (el *ecce homo* era su único Hijo), y vio el rechazo del pueblo, a quien Jesús no había hecho más que el bien... «*fuera, fuera, crucifícadle*» Vio que el pueblo prefería a Barrabás, que era un asesino... y rechazaba a Jesús. Y vio que Pilato se lavaba las manos: «*soy inocente de la sangre de este hombre...*»

Luego vio a Jesús cargando la pesada cruz camino del Calvario, bañado en su preciosa sangre; vio sus caídas, vio que necesitaba la ayuda del Cireneo, lo encontró y se cruzaron sus miradas... vio cómo era desnudado y clavado en la cruz. Oyó los golpes del martillo. ¡Qué espectáculo para una madre! San Bernardo dice que si Dios no la hubiera sostenido habría muerto de pena.

Luego vio a Jesús crucificado en la cruz. Ella estaba allí cuando se burlaban de él: «*baja de la cruz y creeremos en ti...*» «*confió en Dios, que Él lo salve, pues se ha llamado a sí mismo su hijo*».

Vio cómo se cumplía en Jesús la profecía de Isaías sobre el sacrificio del Siervo de Dios en favor de los hombres (Is 52,13-53,12):

«tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana... No

⁴ P. LUIS DE LA PALMA, *Historia de la Sagrada Pasión* cap. 5.

⁵ cf. LA PALMA, *ibidem*.

tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados... Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido; y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca... plugo a Yahveh quebrantarle con dolencias».

María escuchó todas las palabras de Jesús crucificado: el perdón ofrecido a sus verdugos... la salvación prometida al buen ladrón ... la sed de Jesús (y ella no puede saciarla, ella que lo alimentó con su leche y sació su sed tantas veces en su vida); oyó de labios de su Hijo que le confiaba la maternidad de todos nosotros: «*mujer, he ahí a tu hijo... hijo, ahí tienes a tu madre*». Ha sido testigo del grito tremendo de Jesús, que muestra la profundidad de su dolor: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» También ha visto cómo confiaba en el Padre: «*en tus manos encomiendo mi espíritu ... y su consumatum est*». Y entonces lo vio morir. Y presenció el lanzazo que abrió el precioso pecho de Jesús... Luego recibió su cuerpo bendito, causa de nuestra salvación. Lo lavó con sus lágrimas, lo envolvió en una sábana para darle sepultura. Y se quedó sola: viuda y privada de su único hijo.

Dice La Palma:

«Pero, ¿cuál fue Señora tu sentimiento cuando estando en este lugar viste a tu Hijo tan maltratado y no le pudiste socorrer? Vístelo desnudo y no lo pudiste cubrir, lo viste transido de sed y no le pudiste dar de beber; lo viste injuriado y no lo pudiste defender; lo viste infamado de malhechor y no pudiste volver por Él; viste escupido su rostro y no lo podías limpiar; finalmente viste sus ojos corriendo lágrimas y no se las podías enjugar, ni recoger aquel postrer aliento que de su sagrado pecho salía, ni juntar en uno con Él tu rostro, juntar los rostros tan conocidos y tan amados, y morir así abrazada con Él»⁶.

San Alfonso dice que al pie de la cruz María sufrió por el horror de las criaturas que mataban a su Dios, pero sobre todo por el dolor de Jesús: «Tu corazón no pensaba entonces en su propio dolor, sino en el dolor y la muerte de tu querido Hijo; y por eso quisiste asistirle, al menos para compadecerle». Guillermo el Abad dice: «Madre, Madre amante, que ni siquiera el temor de la muerte pudo separarte de tu amado Hijo»⁷, y de nuevo San Alfonso: «¿Qué espectáculo de dolor era entonces ver a este Hijo agonizando en la cruz, y bajo la cruz ver agonizar a esta Madre, que sufría todos los dolores que sufría su Hijo!».

Todos los dolores y las penas de Jesús fueron también los dolores y las penas de María. San Jerónimo dice que «lo que hería el cuerpo de Jesús laceraba el corazón de María». María sufría y obedecía. Por eso dice San Juan Crisóstomo: «Quien estuviera entonces en el

⁶ *Idem*, cap. 37.

⁷ Serm. 4, de Ass.

Calvario habría visto que se consumaban allí al unísono dos grandes sacrificios: uno en el cuerpo de Jesús, el otro en el corazón de María». San Buenaventura parece corregirle y considera que había un solo altar, es decir, la única cruz del Hijo, en la que junto con la víctima del Cordero divino se sacrificaba también la Madre; de ahí que el santo la interrogue: «Oh María, ¿dónde estás? ¿Junto a la Cruz? Con más razón diré que estás en la misma cruz, sacrificándote crucificada junto con tu Hijo». San Agustín y San Bernardo dicen también que lo que los clavos hacían en el cuerpo de Jesús, el amor lo obraba en el corazón de María. De modo que al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba el cuerpo, la Madre sacrificaba el alma. San Bernardino lo dice breve y bellamente: «*Dum ille corpus, ista spiritum immolabat*».

- **Sufre también por nosotros, que somos sus hijos.**

Sin embargo, los dolores de María no terminan ahí. Ha oído que su Hijo, desde la cruz, la ha hecho Madre de todos nosotros: «*aquí está tu Madre.... aquí está tu Hijo...*» También sabe que, por el bautismo, nosotros y su Hijo no somos distintos: Él está en nosotros y nosotros en Él. Él es la cabeza, nosotros los miembros: pero todos formamos una sola persona mística. Por eso María también llora por nosotros. El dolor es una ley de toda maternidad. Cuando Eva pecó, Dios le dijo: «*con dolor darás a luz a tus hijos...*». Cuando María dio a luz a Jesús estaba exenta de esta ley universal (su parto fue virginal). Pero no cuando nos dio a luz a nosotros: allí experimentó la ley universal de toda maternidad: engendrar con dolor los hijos. En ella se cumple además la profecía del Génesis, pues Ella es la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente... en asociación y en dependencia de su Hijo, que es la descendencia prometida de la mujer prometida en Génesis... y por este mismo misterio también nosotros podemos derrotar a satanás, ya derrotado de manera irremediable y definitiva por Cristo, y por María asociada a Él.

Y ella quiso sufrir todo eso. Jesús quiso sufrir la Pasión, y la sufrió con determinación. Lo mismo puede decirse de María, tan unida a su Hijo...

Lumen gentium 58: «Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (cf. Jn 19, 25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado; y, finalmente, fue dada por el mismo Cristo Jesús agonizante en la cruz como madre al discípulo con estas palabras: «*Mujer, he ahí a tu hijo*» (cf. Jn 19,26-27) (cf. Jn 19, 26-27)⁸.

María sufrió también todos nuestros dolores y sufrimientos, porque son los dolores de los miembros del cuerpo místico de Jesús. Porque es nuestra Madre y nos ha engendrado con sus lágrimas, y es fuente de nuestra esperanza. Dice La Palma: «aquí debe estribar nuestra esperanza, que nunca se ha de cansar de abogar por nosotros, pues en hacer nuestro negocio hace aquel por el cual su Hijo vino al mundo y se logra el precio de su redención y la sangre que derramó por nosotros»⁹.

⁸ cf. *Mystici corporis*, 247-248, de Pío XII.

⁹ P. LUIS DE LA PALMA, *Historia de la Sagrada Pasión* cap. 5.

Incluso sufrió por la conciencia llena de sabiduría de ser Ella misma el primer fruto de la redención... y el más excelso. La cruz de su Hijo era la cruz que le había merecido su predestinación... y su inmaculada concepción... y su plenitud de gracia, y su ascensión en cuerpo y alma a los cielos, y toda otra gracia. María sufre en el Calvario con una gratitud infinita hacia su amadísimo Hijo, que tanto amarla la ha transformado por la gracia en Él mismo, en su miembro más noble, más perfecto, más excelso.

Y así como su amor por Jesús es, en cierto sentido, infinito, también fue infinito su dolor. Por eso la tradición de la Iglesia le aplica, dolorida y afligida al pie de la cruz, las palabras del Antiguo Testamento: «¿Con qué te compararé, hija de Jerusalén, con qué te consolaré, virgen hija de Sión? Porque tu herida es grande como el mar; ¿quién podrá curarte?». (Lam 2,13)

La soledad de María (José María Pemán)

<p>Composición de lugar</p> <p>Palidecidas las rosas de tus labios angustiados; mustios los lirios morados de tus mejillas llorosas; recordando las gozosas horas idas de Belén, sin consuelo ya y sin bien que sus soledades llene... ¡miradla por dónde viene, Hijas de Jerusalén!</p> <p>Meditación</p> <p>Virgen de la soledad: rendido de gozos vanos, en las rosas de tus manos se ha muerto mi voluntad. Cruzadas con humildad en tu pecho sin aliento, la mañana del portento, tus manos fueron, Señora, la primer cruz redentora: la cruz del sometimiento.</p> <p>Como tú te sometiste, someterme yo querría:</p>	<p>Coloquio</p> <p>Por tu dolor sin testigos, por tu llanto sin piedades, Maestra de soledades, enséñame a estar contigo. Que al quedarte Tú conmigo, partido ya de tu vera el Hijo que en la madera de la Santa Cruz dejaste, yo sé que en mi lo encontraste de una segunda manera.</p> <p>En mi alma, Madre, lavada de las bajas suciedades, a fuerza de soledades, le estoy haciendo morada. Prendida tengo y colgada ya mi cámara de flores. Y a husmear por los alcores, por si llega el peregrino, he soltado en el camino Mis cinco perros mejores.</p> <p>Quiero yo que el alma mía, tenga, de sí vaciada, su soledad preparada para la gran compañía. Con nueva paz y alegría</p>
---	---

para ir haciendo mi vía
con sol claro o noche triste.
Ejemplo santo nos diste
cuando, en la tarde deícida,
tu soledad dolorida
por los senderos mostrabas:
tocas de luto llevabas,
ojos de paloma herida.

La fruta de nuestro bien
fue de tu llanto regada:
refugio fueron y almohada
tus rodillas, de su sien.
Otra vez, como en Belén,
tu falda cuna le hacía,
y sobre Él tu amor volvía
a las angustias primeras...
Señora: ¡si tú quisieras
contigo le lloraría!

quiero, por amor, tener
la vida muerta al placer
y muerta al mundo, de suerte
que cuando venga la muerte
le quede poco que hacer.

Oración final

Pero en tanto que Él asoma,
Señora, por las cañadas,
¡por tus tocas enlutadas
y tus ojos de paloma!
recibe mi angustia y toma
en tus manos mi ansiedad
Y séame, por piedad,
Señora del mayor duelo,
tu soledad sin consuelo
consuelo en mi soledad.